

CARTA ABIERTA AL GRAL. EMBRIONI

25X1

Buenos Aires, 12 de Julio de 1955

Señor General, D. José Embrioni

Ciudad

Mi estimado general:

El fondo afecto y el aprecio recíproco nacido entre nosotros durante nuestra común tarea en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en horas ya lejanas y difíciles, me mueven hoy a escribirle acerca de las palabras pronunciadas por usted ante el Regimiento Motorizado Buenos Aires con motivo de la fecha patria. Evocando la jornada del 16 de junio, dijo usted en esa ocasión que el mencionado regimiento "se entregó fiel y confiadamente a la noble causa del orden", agregando más adelante que "satisfizo también el imperativo que emana del corazón de todo buen soldado, esto es, respaldar la Constitución, las leyes y las autoridades constituidas". En estos términos aluda usted a la participación de la mencionada unidad durante la represión del movimiento revolucionario.

Permítame, general, que - respetando su sinceridad - disienta profundamente con sus apreciaciones. Es verdad que en circunstancias normales las fuerzas armadas deben custodiar a las "autoridades constituidas" y que no es su misión corriente analizar cada uno de los actos oficiales, para juzgar si, ellos se ajustan o no a la Constitución. Pero cuando un gobierno como el actual no solamente hace tabla rasa de toda la ley escrita sino que pisotea los más elementales derechos humanos; ofende a la religión, a sus ministros y sus templos; encubre a ladrones y encarcela a la gente honrada; intenta enajenar al extranjero el patrimonio nacional, menoscaba nuestro prestigio en el concierto de las naciones; incita a las turbas a la destrucción y al crimen, convierte, en fin, al Estado en enemigo de la comunidad, cuando un gobierno hace todo eso los militares que lo apoyan no "se entregan a la causa del orden" ni "respaldan la ley". Porque los militares - huelga decirlo - son también ciudadanos y son también hombres y como ciudadanos y como hombres tienen la obligación natural (aunque no está escrita en ningún Código ni en ningún "Decálogo") de procurar que la vida privada y pública de su país se desenvuelva en condiciones mínimas de decencia y dignidad. Ahora bien, apelando a su rectitud de juicio, le pregunto si usted cree seriamente que esas condiciones mínimas están hoy aseguradas en la República Argentina. Cuando hace dos años me llamó usted para comentar mi carta al general Lucero, me manifestó que la violenta tensión provocada luego del episodio Duarte habría de atenuarse y que las cosas irían mejorando paulatinamente. Cree usted haber acertado en su pronóstico? Ciertamente es que hoy - como entonces - podría invocarse el llamado a la conciliación y la eliminación de tres o cuatro delincuentes del gobierno. Pero no se equivoque usted ni ninguno de sus compañeros de armas: son éstos, procedimientos dilatorios que prolongan el mal en vez de remediarlo. Acaso esta eliminación y aquel llamado pudieron, en 1953, convencer a alguno que se hiciera eco de ellos; hoy nadie duda que la raíz del desorden y el desosiego que agitan a la República está en la cabeza misma. Es que ya nadie cree en la palabra del Presidente, por tranquilo que sea su tono y por halagüeñas que sean sus promesas.

Advierta, general, que no es éste un punto de vista parcial, propio de determinados grupos ideológicos; es la convicción irrevocable que anima a todo cuanto hay de noble y de digno en nuestra tierra, a todo cuanto no ha podido ser destruido ni corrompido desde el poder. Bien sabe usted que nunca he tenido afinidades doctrinarias con las fuerzas que el Presidente persiste en llamar "la Unión Democrática". Pero sepa que en esta coyuntura me siento tan íntimamente solidarizado con ellos como con todos quienes - de izquierda o de derecha - experimenten la necesidad de ahorrar al país la prolongación de su vergüenza. No podría, en cambio, estarlo con quienes lo siguen apuntalando porque no habrá tregua, paz ni concordia mientras subsista el actual régimen y se mantenga a su frente el hombre que lo encarna.

Comprenderá usted, general, a la luz de estas consideraciones, la grave responsabilidad que pesa hoy sobre las fuerzas armadas de la Nación por ser el **único** sostén de ese régimen y de ese hombre. Subrayo deliberadamente la palabra "**único**" porque el actual gobierno (que comenzó con innegable respaldo popular) hoy lo ha perdido por completo y solo concita adhesión en la tenebrosa red de intereses creados **bastardos todos ellos**, a los que perjudicaría su desaparición. Por eso su único sostén radica en la fuerza, y quienes la poseen son los responsables exclusivos de su perduración.

La **Marina de Guerra** comprendió el alcance de esa responsabilidad y ha obrado en consecuencia. No sea el **Ejército**, guardia pretoriana al servicio de la opresión; asuma también a su parte en la tarea. El pueblo mantiene incólume su amor al **Ejército**, pero no porque haya encabezado la represión sino porque espera todavía que habrá de liberarlo. No faltará alguno que descargue sus fobias antimilitaristas so pretexto de condenar su reciente actitud; usted sabe, general, que no es este el caso de quien le escribe ni de los centenares de miles de argentinos a quienes acompaña en la lucha. Sabe usted que somos nosotros **los verdaderos amigos del Ejército**, los que comprendemos sus ideales de vida, los que hemos estado indefectiblemente a su lado en todas las horas difíciles. **Sabe usted que somos nosotros sus amigos y no los bandidos anarquistas adueñados de la C. G. T. a quienes su Ministro alaba por nota y que solo tienen de obreros el rótulo con que medran.** Pero sepa también, general, que si las fuerzas de tierra persistieran inexplicablemente y contra todas nuestras esperanzas en la **defensa del déspota**, pasará más de un día antes de que el **honroso uniforme que usted viste vuelva a ser motivo de orgullo para sus compatriotas.**

No, no me resignaría a verlo a usted y a tantos camaradas suyos del mal lado de la barricada en esta lucha que para nosotros apenas comienza. **Todavía no es tarde para que el Ejército, nuestro noble Ejército, escriba una de sus grandes páginas devolviendo a la Nación Argentina su honra y su libertad. El país aguarda su decisión con angustiosa esperanza.**

Reciba, mi general, un fuerte abrazo de su amigo y S. S.

Fdo.: Mario Amadeo